

# Juan Luis Manfredi Sánchez

Catedrático de Periodismo y  
Estudios Internacionales en la  
Universidad de Castilla-La  
Mancha



Chair de la International Studies Association (sección de Comunicación Internacional).

Ha sido catedrático Príncipe de Asturias en la Georgetown University (2021-2024).

Escribe sobre política europea, desglobalización, diplomacia pública, ciudades globales y el orden liberal internacional.

Sus libros más recientes son *How Disinformation Ruins Public Diplomacy: Unfair Competition* (2025), *Handbook of Diplomatic Reform and Innovation* (Palgrave, 2023), y *Urban Diplomacy. A Cosmopolitan Outlook* (Brill, 2021), seleccionado para Pattis Family Foundation Global Cities Book Award – Chicago Council on Global Affairs.

# EL PODER BLANDO DESPUÉS DE LA PRESIDENCIA TRUMP 2024

Juan Luis Manfredi Sánchez

**D**espués del poder blando, ¿qué viene? Por mano del destino, el fallecimiento del profesor y exsubsecretario de Defensa Joseph S. Nye ha coincidido con los primeros meses de la segunda presidencia de Donald J. Trump. Su obra intelectual es una referencia fundamental en los estudios internacionales en tres dimensiones: la interdependencia, el poder blando y los valores en política exterior. Uno puede criticar su mirada institucional, centrada en el rol de los Estados Unidos en el mundo, pero no puede negar su contribución a las bases teóricas y los fundamentos de los estudios sobre el poder. Nye fue crítico con la Administración Trump y dejó escrito un largo artículo periodístico sobre el final del poder blando estadounidense a la luz del auge nacionalista, la polarización y la ausencia de una estrategia clara de política exterior, un cuerpo coherente de pensamiento y acción según la definición clásica. Ahora, cuando se cumple el primer año de la nueva Administración y con estos instrumentos, es momento de evaluar y proyectar su impacto en la acción exterior, la gobernanza global y, en especial, en su relación con la Unión Europea e Iberoamérica.

## 1

### Trump, presidente imperial

**E**l presidente Trump no deja indiferente. Ha impulsado una presidencia imperial que ejecuta las órdenes sin esperar a un doble chequeo con las autoridades legislativas, la opinión pública o el poder judicial. Y tiene prisa, porque es consciente de que las elecciones de medio término de 2026 pueden afectar al mapa de poder en Washington. Por eso, primero actúa y luego evalúa las consecuencias de sus decisiones o, incluso, su encaje en la legalidad vigente. Si no le convence el resultado, cambia de criterio y reorienta la acción. En esta imprevisibilidad reside su fortaleza. El presidente está convencido de la necesidad de expandir el poder ejecutivo a través del artículo 2 de la Constitución de los Estados Unidos. La doctrina “Unitary Executive Theory” comprende que las facultades ejecutivas están por encima de los contrapesos tradicionales y encaja en su mirada histórica de los presidentes “en guerra”. George Washington (1789), Abraham Lincoln (1861) y Franklin D. Roosevelt (1945) fueron presidentes necesariamente cesaristas. Los primeros meses del nuevo ejecutivo legaron un paquete extenso y muy variado de leyes fundadas en el poder de emergencias: aranceles y tarifas; controles migratorios en la frontera sur; la denominación de los carteles como *alien enemies*; decisiones en materia de energía; restricciones al tráfico de drogas/fentanilo procedente de Canadá, México y China; o el despliegue de la Guardia Federal en Washington, D.C. y otras ciudades. El estilo ahoga a la oposición, que no sabe bien por dónde construir una alternativa política.

El segundo trumpismo no opera en el vacío. La tensión doméstica y la polarización han conducido a una desconfianza generalizada



hacia las instituciones políticas y mediáticas, así como una radicalización de las voces en la esfera pública. La polarización es una característica permanente, no de carácter electoral, de la conversación política. El apoyo a la violencia política (con el punto culminante del asesinato de Charlie Kirk en un campus universitario), la hostilidad ante los líderes políticos (el asalto a la residencia de Nancy Pelosi, dos intentos de magnicidio contra Trump, el asesinato de la demócrata Melissa Hortman o el ataque contra la casa de Josh Shapiro) y el bloqueo de los consensos (*shutdown* del gobierno, la cuestión *Roe vs. Wade*) son indicadores de una división arraigada en la sociedad. La polarización afectiva tiene consecuencias en el discurso público que ha naturalizado el desprecio por el rival y el tono negativo constante. La radicalización impulsa la identificación de los votantes con sus candidatos y los valores centrales de los partidos, que buscan nuevos clivajes basados en la intolerancia social, económica o incluso étnica. La identificación del diferente como una amenaza al estatus consolida la división doméstica. El fenómeno es más evidente en la conversión del Partido Republicano en una suerte de movimiento social trumpista. La lealtad al presidente es determinante en el éxito de las nominaciones, no tanto del resultado electoral.

La radicalización impulsa la identificación de los votantes con sus candidatos y los valores centrales de los partidos, que buscan nuevos clivajes basados en la intolerancia social, económica o incluso étnica

La polarización converge con el nuevo paradigma de consumo mediático. El final del paradigma de la televisión y el nacimiento del paradigma del pódcast (Joe Rogan, David Sacks, Tucker Carlson) contribuyen a la disolución de la mirada conjunta sobre los problemas del país y su posición en el mundo. Asimismo, el manejo de las redes sociales y las plataformas ha consolidado la campaña permanente y el partidismo. El presidente comenta a diario y los medios discuten los argumentos. Hay menos espacio para la información local o de los estados de la unión, de manera que cada noticia es pasada por la óptica nacional. Este enfoque

es más divisivo que la provisión de respuestas para el electorado local.

En este contexto, se entiende mejor el punto álgido de las guerras culturales que se avecinan. Con ocasión del cumplimiento de los 250 años de vida, la república se pregunta qué significa ser estadounidense. La revisión sistemática del tono, el marco histórico y las acciones del Smithsonian Institute suponen un retroceso en la concepción del pluralismo propio de la sociedad estadounidense. La narrativa se extiende al National Endowment for Arts o al Kennedy Center, donde se ha autoproclamado presidente y ha destituido a la junta y a empleados clave. En particular, me interesa el impacto del debate en la ejecución de la política migratoria, donde el discurso político es muy nacionalista y se aleja —cada vez más— del Nuevo Coloso de Emma Lazarus. No parece que la Estatua de la Libertad pudiera mantener su soneto en bronce (1883):

[...] Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres,  
Vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad,  
El desamparado desecho de vuestras rebosantes playas.  
Enviadme a estos, los desamparados, sacudidos por las tempestades,  
¡Yo elevo mi faro al costado de la puerta dorada!

## 2

### De la globalización a la geoeconomía

**E**n el ámbito internacional, el presidente Trump carece de una estrategia. Tiene una doctrina MAGA, que es bastante imprecisa y contiene lagunas, incoherencias. No le preocupa. Representa una suerte de nacionalismo y desanclaje del orden liberal internacional, pero no se atisba un modelo alternativo para la ubicación de Estados Unidos en la gobernanza global. Siguiendo el marco conceptual y analítico del profesor Nye, se pueden señalar tres claves interpretativas.

La nueva Administración ha abandonado las tesis del poder blando estadounidense. Es el signo de los tiempos: la seguridad es el eje central



El presidente Donald Trump y Erika Kirk en un acto en Arizona para honrar la memoria de Charlie Kirk.

Foto: The White House / Daniel Torok

de la conversación global con una recuperación de la doctrina realista, la proliferación nuclear, las guerras comerciales, la securitización de la energía o las políticas migratorias. El arte de la seducción palidece ante una política exterior soberanista sobre los 80 años de orden liberal. La doctrina tiene consecuencias: se han diluido los acuerdos marco y la institucionalización en beneficio de una negociación diplomática bilateral. El presidente Trump llama por teléfono, recibe en Alaska al presidente Putin, se pasea por Arabia, se fotografía con el nuevo presidente de Siria o sienta al primer ministro Netanyahu en el Despacho Oval para que se disculpe con Catar.

La presidencia ha abandonado la interdependencia compleja y ha contribuido a la *weaponization* de las relaciones internacionales. La obsesión con China es un hecho visible y conduce al empleo intensivo de armas de coerción (imposición unilateral de aranceles, bloqueos al desarrollo de tecnología, retirada de las multilaterales) y a la fragmentación de la globalización. La mentalidad geoeconómica se traduce en la conexión en la fusión entre economía, tecnología y seguridad y la proyección del poder a través de los mercados, la regulación y el comercio. En el despliegue, el “American Statecraft” incorpora la iniciativa privada y las empresas tecnológicas para el avance de la agenda internacional. Está por ver el efecto de dicho compromiso con las decisiones presidenciales en los mercados internacionales. ¿Será

fiable una multinacional de capital estadounidense que promueve un capitalismo patriótico o que cuenta con una *golden share*? En otro orden, no es asunto menor el cambio de denominación “Secretary of War”, no “Defense”, y las recurrentes declaraciones de su titular, Pete Hegseth. Con ocasión del primer aniversario de las elecciones, en el National War College de Washington apuntó que “vivimos un momento como 1939” y “estamos orientando al Pentágono y a nuestra base industrial hacia un período de guerra”.

En segundo lugar, la nueva presidencia imbrica dos ideas. La diplomacia y la seguridad globales son servicios y bienes facilitados por los Estados Unidos. Aquel actor que esté interesado en ellos debe abonar su coste, bien sea mediante el incremento presupuestario de las inversiones en la industria de la defensa, bien sea mediante el abandono de las instituciones y los mecanismos multilaterales. El famoso 5% de la OTAN representa una decisión económica, no militar. La diplomacia transaccional significa el desmantelamiento de los partenariados y persigue el revisionismo de los compromisos alcanzados, por ejemplo, en materia de proliferación nuclear, estabilidad financiera internacional, promoción de los derechos humanos





El vicepresidente J.D. Vance en la Conferencia de Seguridad de Munich en 2025.

Foto: MSC / Conzelmann

o alianzas. “As a service” explica también el reposicionamiento del dólar no como moneda de pago para las garantías, sino como medio de pago por el cual las potencias extranjeras deben pagar. La lógica de los aranceles radica en que el uso global del dólar ha provocado inflación, pérdida de competitividad y empleos. Se acabó.

El tercer elemento de la ecuación es el abandono de los valores del orden liberal internacional. Ahí radica el principio del fin del poder blando estadounidense. No cabe un argumento moral, como sostenía el profesor Joseph Nye, en la ejecución de la política exterior estadounidense. Esta es otra de las consecuencias directas de la polarización. Si se rompen los consensos domésticos sobre qué papel desempeña Estados Unidos en la gobernanza internacional o qué propósito mantienen las relaciones transatlánticas, es difícil promover orden, equilibrio o estabilidad. Así, se diluyen las ideas de democracia, el orden basado en normas, la promoción del libre comercio o la conectividad. Estados Unidos no tiene interés —quizás, tampoco la capacidad— en sostener un modelo y apuesta por otro de suma cero. Conecta este enfoque con las ideas de multipolaridad y esferas de influencia que gustan en el mandarín chino. Sin valores, el mundo es más inestable e inseguro. Sin alianzas, Estados Unidos

pierde puntos de apoyo en Europa, el Indo-Pacífico y el Hemisferio Occidental. En el Indo-Pacífico, Japón, Corea del Sur y Taiwán se preguntan sobre las condiciones de seguridad en el medio plazo. Sin mecanismos diplomáticos, crece la incertidumbre. Aunque hoy es improbable un conflicto bélico a gran escala, nadie discute la creciente injerencia, la asombrosa coordinación estrecha y amistosa entre Rusia y China o el acercamiento de esta a India. En la Unión Europea, incomoda el ninguneo institucional. Rusia es, ahora ya sí, una amenaza existencial y no cuenta con las capacidades internas para una autonomía estratégica en materia de defensa o una seguridad energética sostenible en precio, capacidad y continuidad. El discurso del vicepresidente J.D. Vance en la Conferencia de Seguridad de Munich despertó algunas conciencias europeas. Las instituciones comunitarias constituyen la representación simbólica de los males del globalismo, una clave en la polarización estadounidense. La regulación digital, la mitigación del cambio climático

o las políticas de diversidad son enemigos a derribar para el expansionismo estadounidense.

# 3

## Iberoamérica vuelve a la escena

**E**l trumpismo de segunda generación ha recuperado el interés por la región. La geonostalgia refleja el recuerdo permanente a las políticas del presidente William McKinley. El secretario de Estado Marco Rubio habla de seguridad hemisférica con soltura y aspira a proyectar el poder estadounidense desde Groenlandia hasta la Patagonia, pasando por una revisión estratégica del canal de Panamá y la política migratoria en Centroamérica. El conflicto con México es singular. Afecta a la integración regional USMCA, la economía menos regionalizada del planeta en comparación con Asia o Europa. Debilita la economía de Texas y California, dependiente de los flujos migratorios. Reduce la seguridad jurídica de las empresas estadounidenses radicadas al otro lado del río Bravo, convertidas ahora en sospechas. Al sur, la agresividad verbal y arancelaria contra Brasil —similar a la establecida contra India— limita la creación de nuevas alianzas que sustituyan a otros aliados tradicionales.

Encuentro en la revisión de la actual Doctrina Monroe una reinterpretación polarizada del interés nacional. Refleja la pulsión coercitiva, el uso de la fuerza militar, la multiplicación de los aranceles y la securitización de las migraciones. El abandono de los instrumentos de diplomacia pública, en especial los programas de USAID, ha sido aprovechado por China y Rusia para desarrollar proyectos y, sobre todo, narrativas contrarias a los intereses de los Estados Unidos. Las ayudas no solo se dirigen a la migración, sino que han articulado los mecanismos de cooperación institucional y el diálogo político.

Trump no está solo en la región. El liderazgo fuerte conecta con el estilo de Nayib Bukele y Javier Milei, mientras que encuentra su némesis en el espejo de Gustavo Petros o Lula da Silva. Sirva como muestra la tensión manifestada en la Declaración Conjunta de la Cumbre CELAC-UE celebrada en Santa Marta, Colombia. La propuesta de “zona de paz” oculta la creciente tensión con Venezuela y Colombia, que podría desembocar en una crisis regional gigante. La

caótica aproximación a la guerra contra las drogas y el tráfico de ilícitos genera externalidades y recuerda otros tiempos de intervencionismo *manu militari*.

# 4

## El orden basado en Trump

**E**l presidente es polarizador, un fenómeno propio de su tiempo. Los hiperpresidentes ocupan todo el espacio político y mediático. Sorteando las obligaciones del legislativo. Pintan escenarios mesiánicos. Ningunean la prensa tradicional empoderados en redes y plataformas digitales. Por eso, hay que ser prudentes antes de dar por concluida la hegemonía estadounidense en el orden global. El trumpismo rima con otras melodías similares en Iberoamérica y Europa. Así, antes del réquiem, es preferible calibrar los grises. El fin de la historia —otra vez— no está escrito.

La nueva Administración Trump ha consolidado una nueva gramática del poder internacional. Desglobalización, proteccionismo, mercantilismo o nativismo se han incorporado a nuestro vocabulario diario. “None of our business” se traduce por el hecho de que Estados Unidos no apostará por el intervencionismo militar en el exterior. Las medidas coercitivas ya no son solamente militares o económicas, sino que incorporan una dimensión energética o tecnológica. El intento por cerrar —en falso o con criterio— conflictos por todo el mundo da pista de otra obsesión propia de la polarización. China ocupa todo el imaginario enemigo y permite centralizar esfuerzos en un único escenario de guerra futura. Asimismo, la concentración permite adoptar acuerdos contradictorios entre sí, como la movilización de inversiones procedentes de Arabia Saudí y Catar, mientras que se concede margen a Israel para reorganizar Oriente Medio. Otra consecuencia no deseada es el aumento de las actividades nucleares. Sin un proveedor de seguridad global, los actores con capacidad buscan su propia protección.

En síntesis, el nuevo trumpismo está alineado con el aislacionismo práctico que impulsa la polarización afectiva. Primero, Estados Unidos. Luego, el mundo y el orden global. ¿Qué quedará del viejo orden liberal en 2028? Veremos.